TE AMARÉ POR SIEMPRE…

Basado en una historia real

Un cementerio es un lugar enigmático, capaz de infundir angustia y un temor silencioso en quienes se ven obligados a visitarlo tras la pérdida de un familiar o ser querido. Allí, la nostalgia parece irradiar desde las losas pétreas que cubren las sepulturas, donde reposan los restos de quienes alguna vez tuvieron la oportunidad de transitar entre los vivos.

Durante el día, los dolientes caminan por los pasadizos de cemento y flores marchitas hasta llegar al sitio donde reposa a quien jamás volverán a ver —al menos en esta vida— para elevar una oración por su alma y ayudarlo a alcanzar el ansiado descanso final.

Sin embargo, durante la noche, ese lugar de quietud eterna se transforma. Entre el constante chirrido de los insectos y el susurro del viento sorteando lápidas, cruces y esculturas, fluye una sensación espeluznante. Como si las plegarias se mezclaran con llantos, lamentos y murmullos de quienes, engullidos por la tierra y acompañados por alimañas y soledad, clamaran por escapar de su triste encierro en la penumbra.

Aquella noche, las nubes oscuras y etéreas desfilaban con lentitud, dibujando formas siniestras como almas en pena arrastradas por el viento invisible que aullaba en la oscuridad. Más arriba, el níveo satélite, cual, invitado de honor, permanecía estático, traspasando con su pálida luz la movediza alfombra nebulosa para señalar el camposanto a sus pies.

Entre símbolos religiosos, querubines e imponentes efigies de piedra, destacaba una singular figura de carne y hueso. Erguido y ajeno a su macabro entorno, un hombre observaba ensimismado el albo mausoleo que tenía a unos pasos de distancia. Era Carl, un hombre de elevada estatura y mediana edad. La calvicie había conquistado su cabeza, dejando apenas un remanente de cabello color plata en los costados del cráneo. En su enjuto rostro resaltaban un bigote y una barba de la misma tonalidad, rematada en punta, que lo hacían lucir mayor de lo que realmente era. Vestía un traje oscuro, corbatín negro y camisa blanca. Su extremada delgadez, combinada con la mortecina iluminación y la rigidez de su postura, lo hacía parecer un aparecido, un ser de ultratumba.

En un momento, cerró los ojos y, regresando en el tiempo, permitió que recuerdos lejanos brotaran desde los rincones más profundos de su mente.

Era imposible olvidar el día en que la conoció. Fue una mañana de abril de mil novecientos treinta. Carl era bacteriólogo y especialista en radiología; había trabajado en varios hospitales y, con el paso del tiempo, adquirió los conocimientos que le permitieron abrir un consultorio donde ejercía como médico sin poseer el título correspondiente. A ese lugar llegó Elena, una joven de diecinueve años acompañada por su madre.

La muchacha tenía el cabello negro y la piel blanca como alabastro. Su rostro era hermoso, con ojos oscuros capaces de hipnotizar a quien los mirara; nariz pequeña y labios carnosos que invitaban a besarlos con alocada pasión. Su cuerpo —aunque delgado— mostraba unos pechos

erguidos que, con coqueta insolencia, parecían desafiar a la gravedad. Vestía un traje rosado y blanco que dejaba entrever parte de sus torneadas piernas. Carl permaneció extasiado ante la aparición de la joven, y en su mente resonó el vaticinio de su madre: *"Encontrarás el amor de tu vida en una mujer de singular hermosura, de cabello negro, piel blanca y mirada profunda."*

Elena había sido diagnosticada con tuberculosis, una enfermedad seria para la época. Tosía con fuerza, como si en cada espasmo fuera capaz de expulsar los pulmones por la boca. Su madre rogó al supuesto médico que la ayudara. De más está decir que Carl se enamoró de inmediato. Se puso a disposición para atenderla, decidido a salvarla del padecimiento que la consumía.

Desde ese día, se encargó por completo de los cuidados médicos de Elena. No escatimó en gastos, tiempo ni recursos para intentar sanarla. Le suministró medicamentos de todo tipo, mezclas que contenían polvo de oro e incluso un novedoso tratamiento con rayos X, sin lograr revertir los efectos de la tisis. La colmó de halagos, vestidos y joyas, hasta llegar a declararle su amor. Pero no fue correspondido. Elena lo apreciaba, sí, pero solo como protector, como un mecenas o un tío lejano —por la gran diferencia de edad entre ambos—, no como un hombre con quien compartiría su vida.

Con el paso de los días, la salud de Elena se deterioraba con rapidez. Nada de lo que Carl hacía lograba detener el avance de la enfermedad. Y, tras unos meses, la joven falleció.

Carl quedó devastado. Sentía que su vida había terminado. Aunque nunca fue correspondido, estaba convencido de que ella era el gran amor de su existencia. Incapaz de resignarse, su febril mente urdió un plan dantesco. Con el permiso de la madre y de Nana, la hermana mayor de Elena, se encargó del sepelio y mandó construir un monumento en su honor: un enorme panteón de mármol blanco donde reposaría su amada.

La cripta fue edificada según sus instrucciones y culminada tras casi dos meses. Carl supervisó cada fase de la construcción. Las mujeres acudían cada cierto tiempo al cementerio y siempre encontraban flores frescas al pie de la sepultura, que Carl reponía sin falta. La madre de Elena sentía tristeza por el "bondadoso médico" que había cuidado con devoción a su hija. Nana, en cambio, albergaba dudas. No le gustaba la presencia constante de aquel extraño sujeto en el camposanto, merodeando como un ave de carroña, como si disfrutara de la compañía de la muerte. Percibía algo raro, aunque no sabía qué era. Después de todo, Elena estaba en el más allá. ¿Podría suceder algo peor?

Pero su intuición no había fallado. Sin que nadie lo supiera, Carl instaló una tubería oculta en el ataúd para introducir sustancias que conservaran el cadáver. También colocó un auricular para comunicarse con el interior del sarcófago. Durante dos años, el supuesto médico acudía en horas de la noche y permanecía sentado junto al ataúd, hablándole y tratando de preservar el cuerpo de su amada.

—Aquí estoy, cariño mío —susurraba a través del auricular—. Mi ángel, mi todo. No estás sola. No temas. Ni Dios ni el diablo, ni la muerte ni nadie podrán separarnos jamás. Estoy contigo, en cuerpo y alma. Siempre lo estaré. Nunca lo dudes, mi amor… mi tesoro.

Carl, sin importar el aspecto dantesco de la momia, se inclinó y besó su frente con devoción. Acarició el rostro descarnado, retirando algunos insectos muertos, y levantó el cadáver con la mayor delicadeza posible. La capa que cubría las extremidades se deshacía entre sus dedos, y algunos huesos caían sin sostén, quedando entre sus brazos únicamente la cabeza y el tronco de su amada. Pero nada de eso lo amilanó. Colocó el despojo en la carretilla y regresó a recuperar los restos óseos, así como los cabellos esparcidos entre las emanaciones resecas y oscuras.

Después de comprobar que el ataúd no guardaba ningún resto humano, colocó la tapa en su lugar. Abrió la puerta, tomó la carretilla con su tenebrosa carga y, una vez afuera, volvió a cerrar con llave antes de marcharse hacia su vehículo.

Aún era de noche cuando llegó a casa. Sudaba a chorros, pero sabía que no había tiempo que perder. Estacionó en la entrada y, oculto por las sombras, cargó con el lúgubre esperpento, conduciéndolo hasta la alcoba. Allí, junto al lecho, había dispuesto una mesa repleta de extraños objetos: alambres, una peluca, seda, ganchos, trapos, agujas, hilos, perfume, tubos y otros elementos entre los que destacaba un vestido de novia.

Sin dilaciones, comenzó su demencial y espantoso trabajo.

Para evitar que los vecinos percibieran el vaho maloliente, impregnó la vivienda con químicos, perfumes y polvo de canela, intentando atenuar la endiablada fetidez. Luego se dio a la tarea de unir los fragmentos del cadáver. Empleó ganchos de ropa y alambres, cosiendo durante toda la noche hasta lograr situar —cual macabro rompecabezas— los pedazos en su sitio. Después llenó el tronco y el abdomen con harapos y lana, hasta conseguir que esa parte de la momia recuperara medianamente su forma original.

Ante el deplorable estado de la piel, recurrió a tela de seda empapada con un yeso especial, con la que revistió todo el cuerpo. Colocó ojos de vidrio en las cuencas vacías y una peluca comprada en una tienda —más adelante mandaría confeccionar otra con el cabello original de la muerta—. Tomó uno de los tubos metálicos, lo recubrió de seda y terciopelo y lo emplazó en el orificio donde otrora se hallaba el órgano sexual. Finalmente, le colocó el vestido de novia, guantes y joyas. Maquilló el rostro del cadáver y, al terminar, retrocedió unos pasos hacia la puerta para contemplar "el regreso de su amada".

Aunque agotado físicamente —su labor de "reconstrucción" le tomó tres días sin dormir ni comer—, su rostro mostraba una amplia sonrisa. Era un hombre dichoso. Luego de un momento, se dirigió al cuarto de baño. Allí, se desvistió y se situó bajo la regadera, aseando su cuerpo con minuciosidad. Después de perfumarse y emparejar su barba y bigote, vistió una bata blanca y volvió al dormitorio.

No podía negarlo. Al ver a Elena sobre el lecho, deslumbrante, ataviada de manera tan seductora y elegante como antes de fallecer, comenzó a temblar, inundado de emoción y deseo, como si fuera la primera vez que estaba con una mujer. Llegó hasta el lecho y, tomando una de las manos del cadáver, la besó con ternura.

—Te amaré por siempre…

Jadeante, producto de la emoción, se despojó de la prenda de vestir y, una vez desnudo, tomó lugar en la cama, yaciendo al lado del espantajo.

Así transcurrieron siete años, durante los cuales la vida de Carl cambió por completo. La otrora tristeza por el fallecimiento de su querida Elena había quedado atrás. Era un hombre nuevo, feliz. Por fin había conseguido lo que deseaba. Amaba y sentía que sus sentimientos eran plenamente correspondidos por su… "compañera". Ya no debía permanecer hasta tarde en el consultorio, pues nadie lo aguardaba en el hogar. Ahora tenía a una mujer que —según su desquiciada mente— lo esperaba con ansias, dispuesta a acompañarlo en todo momento.

Por otro lado, las visitas a la tumba de Elena por parte de sus parientes se hicieron cada vez más espaciadas. Nana, por motivos laborales, tuvo que abandonar el país. Su madre dejó de visitar el cementerio: le causaba demasiada tristeza recordar la manera en que su hija había fallecido, tan joven y víctima de una penosa enfermedad, sin conocer el amor verdadero ni tener la oportunidad de ser madre. Prefirió levantar en casa una especie de altar con fotografías, donde cada día elevaba una oración por su alma.

Todo hubiera continuado igual para la "feliz pareja" de no haber sido por el retorno de Nana al hogar materno.

Tras tanto tiempo ausente y con el remordimiento de no haber visitado la tumba de su hermana, Nana pidió a su madre que la acompañara al camposanto para llevar flores. Una vez allí, se llevaron una sorpresa al comprobar que la cripta lucía abandonada y cubierta de tierra. Las paredes estaban enmohecidas por los embates de la naturaleza y el paso de los años. La vegetación alrededor había crecido tanto que casi ocultaba la entrada al recinto mortuorio.

Con una copia de la llave que Carl le había facilitado —a regañadientes—, Nana abrió la puerta de la cripta, que cedió con dificultad, emitiendo un chirrido metálico a causa de la falta de lubricación en las bisagras, como el alarido de una bestia dormida y despertada por sorpresa. Un hálito maloliente salió disparado del interior, atemorizando a las visitantes. Desde la entrada, la luz del día penetró sin pudor, iluminando las finas hebras adheridas a las superficies, que brillaban de manera fantasmal al contacto con los rayos solares, indicando que hacía mucho tiempo ningún ser humano había ingresado en aquel tétrico claustro donde reinaban la soledad y el olvido.

Soportando con estoicismo el temor que le producían los arácnidos, Nana encendió el interruptor, permitiendo que el lugar fuera arropado por la claridad. Entonces pudieron apreciar el deplorable estado del recinto. La pétrea urna estaba cubierta de telas de araña y rodeada de crespones y flores muertas diseminadas por el piso, junto con insectos. Por las paredes, cucarachas y hormigas transitaban al descuido, sin prestar atención a las asustadas mujeres que observaban con repugnancia el triste espectáculo que tenían la desdicha de presenciar.

La madre de Elena no fue capaz de acercarse a la tumba; abandonó el lugar con los ojos anegados en llanto. Nana, aunque también lloraba, se acercó hasta donde suponía que reposaban los restos de su hermana. Al detallar el contenido de la urna, comprobó con estupefacción que algunos de los clavos metálicos que cerraban el sarcófago habían sido removidos y yacían al fondo, doblados y oxidados.

De manera automática, como si un chispazo hubiera estallado en su mente, llegó a su cabeza la imagen del "supuesto médico" y murmuró:

—¡Es… imposible!

No obstante, debía asegurarse. Apartando de su mente las náuseas y el temor, levantó la tapa de vidrio y, luego, introduciendo las manos, trató de remover la cubierta del ataúd con la esperanza de que esta no cediera. Sin embargo, no le costó demasiado lograr su cometido: la tapa carecía de los seguros que debían mantenerla unida al contenedor. No opuso resistencia, permitiendo que la mujer confirmara sus dudas.

Las lágrimas de tristeza dieron paso a un grito de rabia que tronó en las paredes de la cripta:

—¡MALDITO DEMENTE!

El cinco de octubre de mil novecientos cuarenta, Carl se disponía a salir de casa con dirección a su consultorio.

Luego de besar los labios del cadavérico adefesio, dijo:

—Dejaré encendida la radio para que no te sientas sola. Regresaré muy pronto, mi amor.

Se dirigió a la puerta; al abrirla, se topó con tres oficiales de policía, además de Nana y un grupo de curiosos intrigados por la presencia de los uniformados en el tranquilo vecindario. Uno de los oficiales, mostrando una orden de registro al desconcertado "médico", ingresó al inmueble acompañado por los demás funcionarios. El fuerte olor a diversas sustancias aromáticas los guio hacia la alcoba, donde hicieron el macabro e inverosímil hallazgo.

El hórrido cadáver de Elena yacía acostado sobre el lecho, disfrazado con un camisón de dormir azul. Su rostro maquillado parecía una máscara extraída de una película de horror. Sobre la cabeza, colocada de manera grotesca, la peluca confeccionada con los cabellos naturales de la fallecida le otorgaba una apariencia —si era posible— aún más pavorosa. La piel, revestida por una sustancia blancuzca, lucía almidonada, cual si fuera un pedazo de cartón. Sus manos estaban cubiertas por guantes blancos y, en el dedo anular de la mano izquierda, brillaba una alianza matrimonial. Los pies, enfundados en medias de nylon, dejaban traslucir las formas de los huesos de los dedos.

La noticia corrió como relámpago por la comunidad. Los policías arrestaron a Carl Tanzler, acusado de profanación, conduciéndolo ante las autoridades respectivas. El cadáver fue trasladado al instituto de patología para practicarle los estudios correspondientes.

Aunque parezca mentira, las acciones de Carl, lejos de ser percibidas como la conducta de un desequilibrado mental, fueron tomadas por muchas personas como un acto romántico que llevaba el amor a límites nunca antes vistos. Incluso dos "admiradores" pagaron su fianza. Tanzler fue sometido a un examen psiquiátrico y encontrado apto para afrontar juicio por diversos cargos,

entre ellos: “Destrucción dolosa y libidinosa de un sepulcro y exhumación de un cadáver sin autorización”. Sin embargo, debido al tiempo transcurrido desde la comisión de los delitos, la causa había prescrito, por lo que Carl quedó en libertad.

La momia de Elena se convirtió en un malsano espectáculo. Sus restos fueron exhibidos en una funeraria por varios días, durante los cuales miles de curiosos acudieron a observar la singular creación de Tanzler. Luego de ello, las autoridades devolvieron el cuerpo al cementerio, enterrándolo en un lugar conocido solo por sus familiares para evitar nuevas profanaciones.

Después de esto, Carl se volvió un ermitaño. Permanecía en casa, víctima de una profunda depresión por la ausencia de Elena. De nada le sirvió crear un muñeco similar que le hiciera compañía. La abrumadora soledad lo aplastaba como si llevara una montaña de tristeza sobre la espalda. La extrañaba y la amaba con locura. Tras tres meses de espera e incertidumbre, y pese a la advertencia del juez sobre la pena que le aguardaba si repetía un acto tan abominable, así como la prohibición de acercarse al cementerio, fue vencido por su mórbida obsesión.

Una noche regresó al mausoleo solo para comprobar que había sido demolido. Comenzó a deambular por la necrópolis, tratando de hallar la tumba donde yacía su amada. En su mente atormentada podía escuchar los desgarradores alaridos de Elena, llamándolo con desesperación, asustada por la oscuridad de su helado encierro solitario y clamando por los besos tiernos y las fogosas caricias de su inquebrantable amante.

De este modo, Carl volvió al camposanto durante una semana, con los gritos de ayuda de Elena tronando en su cabeza, atrapado por la frustración y la rabia de no poder encontrarla. Hasta que, por fin, determinado a reunirse con ella en el mismo infierno si era necesario, tomó una decisión.

Se dirigió hacia la derruida cripta que guardara por casi dos años el cadáver de su “alma gemela” y, al llegar al lugar, se detuvo mirando hacia el infinito, como si en algún punto del lúgubre sudario sobre su cabeza pudiera hallar alguna pista sobre el paradero de Elena. Una misteriosa luna roja le devolvió una mirada cómplice; parecía estar al tanto de las intenciones del obsesionado hombre.

Después, tomó asiento sobre el helado piso de cemento, apoyando su espalda contra la efigie de un ángel vestido con una larga túnica y de alas recogidas, que parecía señalarlo con un dedo mientras su rostro permanecía vuelto hacia el firmamento. En aquel siniestro lugar, entre misteriosas siluetas, podía oír con claridad la voz de la mujer diciendo:

—Te estoy esperando. Estoy aquí. Por fin seremos felices para siempre.

—Sí, mi amor —respondió Carl—. Allá voy.

Dicho esto, sacó del bolsillo de su chaqueta un estuche de unos diez centímetros que abrió con delicadeza. El frío metal relampagueó un instante al ser tocado por un rayo lunar. Tomó el escalpelo con la mano derecha y levantó la cabeza, inclinándola hacia atrás hasta quedar mirando el mentón del fantástico ser que se erguía sobre él. Con la premura de reunirse con Elena, hundió

el afilado instrumento en aquella piel que no ofreció resistencia y trazó una línea horizontal en la garganta, cercenando todo lo que encontró a su paso.

Algunas personas que visitan el cementerio de noche aseguran que, cuando la luna se vuelve roja, ocurre algo sobrenatural. Entre las sombras aparece la figura etérea de un hombre alto y delgado, que vaga de un lado a otro, flotando entre las efigies y tumbas como si buscara algo.

———————— ◊ ————————